

# EL AGRADECIDO MIGUEL

Ana García Bergua



Independencia

12

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



**SEGOB**



**MÉXICO  
2010**



# EL AGRADECIDO MIGUEL

Ana García Bergua

LA MAÑANA DEL 21 DE MARZO DE 1811 UNA LARGA fila de personas y animales cruzaba el desierto de Chihuahua bajo el sol. Guiaban la columna unos hombres a caballo y detrás de ellos, en unos carruajes cerrados, viajaban militares de alto nivel con sus familias, mujeres y algunos religiosos. Montado a caballo, seguía a estos carruajes un hombre ya mayor, de cabello blanco, quien se preguntaba qué iría a pasar con todos ellos, tan hambrientos, con sed, agotados después de un mes de marcha.

Y es que atrás de él venía una multitud de soldados que arrastraban los pies a causa del cansancio; muchos de ellos iban con sus mujeres y sus hijos. Luego, un poco en desorden, otros soldados conducían burros cargados con toda clase de cosas: municiones, armas, algunos alimentos, enseres. También había carrozas tiradas por bueyes para llevar la pesada carga del ejército,

seguidas por más soldados a caballo. Y al final, una fila de cañones, muchos de ellos descompuestos, jalados o empujados por más soldados. En suma, se trataba de un ejército derrotado y además perseguido por los soldados del virrey.

La columna se dirigía al norte, hacia los Estados Unidos, donde se tenía la esperanza de conseguir ayuda para poder continuar la lucha por la independencia de la Nueva España.

De repente, a lo lejos, los ocupantes de los carruajes vieron venir a unos hombres. Los soldados que iban a caballo levantaron sus carabinas, pero pronto las bajaron:

—¡No disparen!, ¡somos insurgentes!

Uno de los jefes que iban en los carruajes mandó que se detuvieran. Los hombres se le acercaron.

—Venimos a entregarle un mensaje del capitán Elizondo. Los están esperando en Acatita de Baján: ahí podrán descansar. Mi capitán ha mandado construir un hermoso arco triunfal para recibirlos y les tienen preparado un gran banquete.

Los jefes se alegraron. Pensaron en toda su gente, hombres, mujeres, niños y animales, muertos de sed. ¡Por fin alguien los ayudaba!

—¿Y cómo están de agua por allá?

—Hay suficiente, nomás que no va alcanzar así, de golpe, para todos. Es mejor que se adelanten sus mercedes con los carruajes para que puedan beber, y que luego lleguen los demás. Las norias se habrán llenado para entonces...

Guiados por aquellos hombres que traían tan buenas noticias, los carruajes se apuraron a llegar al festejo, seguidos por el hombre canoso, que no dejaba de estar triste por las derrotas sufridas y por pensar en todo lo que probablemente les esperaba. Todos los soldados estaban felices; ¡cómo ansiaban llegar ya al pueblo de Acatita, un pequeño oasis donde el agua se juntaba e incluso había unas norias, unos pozos que aliviaban la sed en el desierto! Sólo les faltaba subir y bajar una loma para estar ahí...

De repente, una multitud de soldados del ejército del virrey bajó corriendo de la loma; prácticamente se derramaron encima de los carruajes. Los soldados los rodearon completamente y los apuntaron con sus armas. Y antes de que pudieran reaccionar, apareció el capitán Elizondo:

—¡Están ustedes detenidos en nombre del virrey!

De modo que todo había sido una trampa del tal Elizondo, que había aprovechado la desesperación de los jefes insurgentes para atraparlos. El capitán del ejército independentista, Ignacio Allende, sacó su pistola desde el carruaje y le disparó:

—¡Primero muerto que rendirme!

Desgraciadamente, su tiro no dio en el blanco y provocó que los soldados dispararan sobre su carruaje.

—Amárrenlos a todos, ordenó Elizondo.

Allende trató de enviar a un soldado para que avisara al resto de la columna, pero éste fue detenido y a todos, poco a poco, los fueron aprehendiendo y los llevaron a Acatita, donde no había ningún festejo. Las cuerdas no alcanzaron para atar a tantas personas y el hombre de pelo blanco, que era don Miguel Hidalgo y Costilla, entendió por qué no se había entusiasmado cuando llegaron aquellos mensajeros...

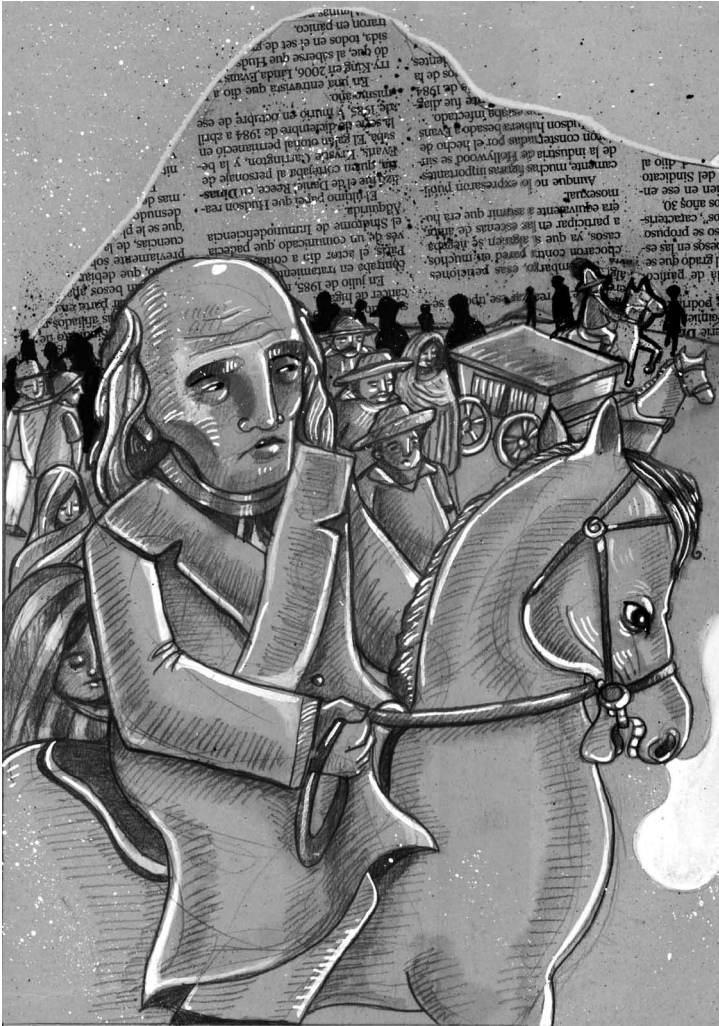
Así amarrados los hicieron seguir el camino hasta Chihuahua. A los habitantes de la ciudad les dijeron que podían verlos cuando entraran, pero advirtieron ¡ay de aquel que los ayudara o mostrara pena por ellos! Los castigos para quienes se compadecían de los prisioneros eran gravísimos y la gente estaba muy asustada.

Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Jiménez, junto con otros jefes, marchaban mirando de frente: ellos habían sido la cabeza de aquella gran insurrección para independizar a México de España y no se arrepentían de sus actos. Cuando el virrey les propuso perdonarlos si se rendían, ellos respondieron que no habían cometido un crimen, así que no tenían por qué pedir perdón. Ahora la venganza sería terrible, pero ellos debían enfrentarla con valentía.

Pronto llegaron a una gran plaza, la plaza de San Felipe. Hidalgo levantó la cabeza y volteó a ver el enorme edificio de la Compañía de Jesús, que estaba sin terminar, pues quienes lo construyeron, los jesuitas, habían sido expulsados del país hacía unos años. La alta torre de la iglesia, estrecha y oscura, se veía siniestra. Los prisioneros fueron conducidos al antiguo convento y los recibió el alcaide de aquella prisión, un español de gesto bondadoso que se llamaba Melchor Guaspe.

—Por ser el responsable principal de la rebelión, el cura Hidalgo debe ser encerrado en la torre —escuchó que alguien ordenaba.

Era verdad, ya no era el jefe de la rebelión, pero él la había iniciado. Y por tanto le tocaba el sitio más temido, aislado de todos.







Hidalgo subió resignado a su celda, empujado por más armas y soldados. Una vez que se acostumbró a la oscuridad se pudo dar cuenta de que ahí no había nada más que una mesa, una silla y un catre para dormir. Ni siquiera una ventana para asomarse y ver el sol.

Hidalgo pasó sus días en prisión leyendo, escribiendo y meditando sobre todo lo que había pasado desde que dio aquel famoso grito en Dolores: las luchas ganadas y también las batallas perdidas, la mecha de la independencia que, una vez encendida, no se iba a apagar, pues otros continuaban la lucha. Estaba acostumbrado a la vida difícil en medio de la guerra; no le importaba leer siempre a la luz de las velas, ni el mal olor, ni pasar frío, ni que el camastro fuera duro o estuviera lleno de chinches. Y sin embargo... Todas las mañanas llegaba su carcelero, el cabo Miguel Ortega, con la taza de chocolate y el pan duro de la prisión. Don Miguel, si algo amaba, era tomar chocolate: el chocolate le recordaba las tertulias y juegos que tanto habían alegrado su vida antes de lanzarse a la guerra, ¡pero no ese chocolate de la cárcel tan aguado, tan malo!

El cabo Ortega se daba cuenta y se regresaba a la cocina un poco agobiado. Un día le contó al alcaide de

la prisión las caras que hacía el pobre Hidalgo cuando tomaba el chocolate.

—No sólo él, Miguel —le respondió don Melchor—: los otros capitanes también lo detestan, junto con el resto de la comida que damos a los presos, pero no nos dejan prepararles algo mejor, ni siquiera porque van a morir...

—¿Qué podremos hacer? —preguntó el cabo.

Al día siguiente, don Melchor lo llamó desde su despacho: frente a él había cinco jarros de chocolate humeante, delicioso, con sus bizcochos calientitos, que don Melchor había mandado traer de su propia casa.

—Nada me impide hacerles un poco menos tristes sus últimos días —le dijo.

Y la cara de Hidalgo cambió al recibir su jarro de buen chocolate.

Lo cierto era que mucha gente que quería mostrar su apoyo a los jefes insurgentes y no podía hacerlo bajo amenaza de castigo, se conformaba con enviarles comida y dulces a la prisión, que el cabo Miguel Ortega llevaba gustoso a su tocayo.

El 7 de junio de 1811 comenzó el proceso a Hidalgo y sus compañeros. Hidalgo pasó tres días respondiendo



a cuarenta y tres preguntas que le hizo el comisionado Ángel Abella antes de que lo sentenciaran: cómo y por qué había comenzado aquella insurrección en la que había muerto tantísima gente. Hidalgo defendió sus ideas.

—Estoy convencido de que el americano debe gobernarse por el americano, el alemán, por el alemán, etcétera —dijo.

En otra respuesta aseguró que a él le preocupaba que Napoleón Bonaparte había invadido España y no quería que México pasara a ser también propiedad de los franceses: por eso había decidido comenzar la lucha.

—La patria corría el riesgo de perderse —aclaró.

Poco después de este triste interrogatorio, Hidalgo fue condenado a muerte. El 26 de junio de 1811, pudo escuchar desde su torre cómo fusilaban a sus compañeros. Sin embargo, a él no lo podían fusilar de inmediato porque era un sacerdote, de manera que, antes de hacerlo, se tuvo que llevar a cabo una ceremonia en la que lo “degradaron”, es decir que borrarón simbólicamente en su persona aquello que lo caracterizaba como clérigo.

En un corredor improvisado como altar en el Hospital Militar lo vistieron con ropajes de sacerdote y lo hicieron arrodillarse. Él tomó una hostia para consagrar

y vertió un poco de vino en una copa, pero antes de que comulgara, se las arrebataron y le rasparon las manos. Después le fueron quitando los ropajes, hasta que sólo quedó una imagen de la virgen de Guadalupe que traía doblada en el pecho. Él pidió que se la dieran a las religiosas del convento de las Teresitas de Querétaro, quienes se la habían regalado. Luego le cortaron el pelo en la parte en que tenía marcada la *tonsura*: el círculo que se rapaban los sacerdotes en la cabeza y que simbolizaba que traían una corona.

Estaba muy arrepentido de haberse peleado con la Iglesia, pues era algo que no buscaba. Y lo atormentaba pensar en toda la gente inocente que había muerto durante las revueltas. Era muy religioso y le preocupaba mucho ser perdonado por sus pecados, pero nunca dudó de que su causa, la independencia de México, había sido justa.

El 30 de julio de 1811 Hidalgo fue fusilado. En la mañana, el cabo Ortega le llevó su chocolate y, después de tomarlo, en vez de agua pidió un vaso de leche que bebió con muchas ganas, pues era el último de su vida. En ésas llegaron por él:

—Es la hora.

Hidalgo salió caminando tranquilamente hacia el patio de la prisión y cuando le preguntaron si tenía un último deseo, pidió que le trajeran unos dulces que había dejado en sus almohadas. Cuando se los trajeron, los repartió entre los soldados que lo iban a fusilar. Como todavía no acababa de amanecer y no se veían muy bien los objetos, puso una mano sobre su corazón y les explicó que sobre ésta debían disparar:

—La mano derecha que pondré sobre mi pecho, será, hijos míos, el blanco seguro a que habéis de dirigirlos —dijo.

Los soldados no tuvieron otro remedio que cumplir con su deber. Quizá, mientras los soldados disparaban, don Melchor Guaspe y el cabo Miguel Ortega pudieron leer los versos que les había compuesto en agradecimiento a su generosidad, escritos en los muros de su celda con un trozo de carbón:

*Ortega*, tu crianza fina,  
 Tu índole y estilo amable,  
 Siempre te harán apreciable  
 Aun con gente peregrina.  
 Tiene protección divina

La piedad que has ejercido  
Con un pobre desvalido  
Que mañana va a morir,

Y no puede retribuir  
Ningún favor recibido.

*Melchor*, tu buen corazón  
Ha adunado con pericia  
Lo que pide la justicia  
Y exige la compasión;

Das consuelo al desvalido  
En cuanto te es permitido,  
Partes el postre con él  
Y agradecido *Miguel*  
Te da las gracias rendido.

Por supuesto, al capitán Elizondo le dieron premios y condecoraciones por lo que había hecho: atrapar ni más ni menos que a los principales dirigentes de la rebelión independentista. Luego de morir, a Hidalgo y a sus compañeros les cortaron las cabezas y las colocaron en una jaula que colgaron en las esquinas de la alhóndi-



ga de Granaditas, en Guanajuato, como una amenaza para quien se quisiera rebelar contra la Corona española. Sin embargo, la lucha no se detuvo ahí: otros caudillos, como José María Morelos y Vicente Guerrero, continuaron lo que había comenzado Hidalgo aquel 16 de septiembre en que hizo sonar la campana de Dolores.



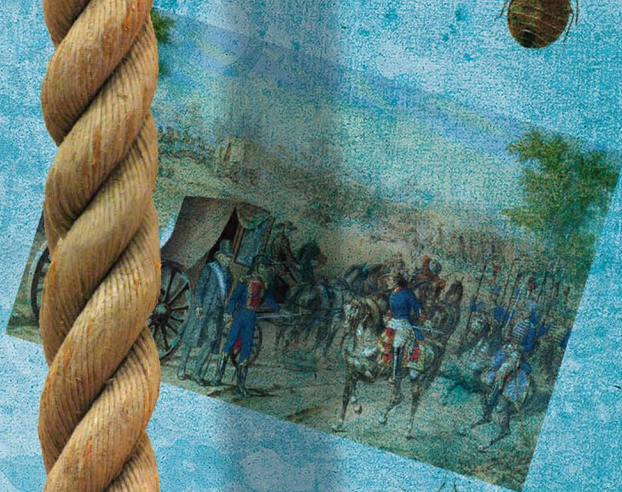




Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,  
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin  
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,  
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y  
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México  
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO  
2010

